

**Segunda
editorial****Zweiter
Leitartikel****Second
editorial****Deuxième
éditorial****Segundo
editorial**

La impronta dictatorial de Kast: **tecnofascismo, servilismo a Trump y la** **captura digital del poder en Chile**

Un análisis de los elementos que configuran el proyecto político del Presidente chileno y sus vínculos con la ultraderecha internacional

La llegada de José Antonio Kast a la Presidencia de Chile no representa un simple recambio administrativo ni una alternancia democrática más en el ciclo político del país. Los elementos acumulados en los últimos meses —desde su alineamiento explícito con Donald Trump hasta el escándalo del operador argentino Fernando Cerimedo y su fábrica de bots— configuran un escenario que exige un análisis profundo sobre el carácter del proyecto político que se ha instalado en La Moneda.

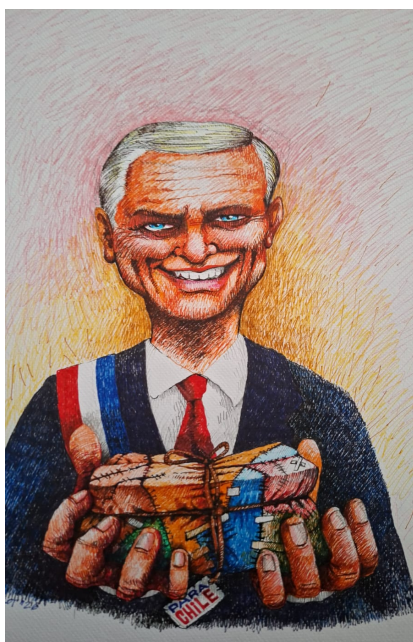


Ilustración: Lucot

El origen: una herencia que pesa

José Antonio Kast proviene de una familia de origen alemán. Su padre, Miguel Kast Rist, llegó a Chile desde Alemania y fue un estrecho colaborador de la dictadura de Augusto Pinochet, comprometido en los crímenes de la llamada "Caravana de la Muerte" en Paine. Esta herencia familiar no es un dato anecdótico: marca una continuidad ideológica que Kast nunca ha repudiado.

Durante su carrera política, Kast ha mantenido una posición ambigua y complaciente hacia la dictadura. Propuso perdonar a convictos mayores de 80 años con enfermedades asociadas a la edad, incluyendo a quienes fueron

condenados por violaciones a los derechos humanos bajo el gobierno de Pinochet. Su formación política se inició en el Movimiento Gremialista fundado por Jaime Guzmán, ideólogo de la Constitución de 1980 y cercano colaborador del dictador. Esta raíz no es casual: representa una adhesión doctrinaria al proyecto político que Pinochet impuso por la fuerza.

En sus dos candidaturas presidenciales anteriores (2017 y 2021) y hasta su triunfo en 2025, Kast nunca condenó el fascismo ni el nazismo de los que provenía su padre, y ha evitado sistemáticamente pronunciarse contra los crímenes de la dictadura. Por el contrario, se ha presentado como su continuador natural en el terreno de las ideas.

Presidente de la internacional ultraderechista

Entre 2022 y 2023, Kast presidió la organización de ultraderecha internacional que agrupa a las fuerzas conservadoras y reaccionarias del continente. Este rol no fue honorífico: lo posicionó como el articulador de un proyecto político que busca coordinar acciones entre gobiernos afines, compartir estrategias de comunicación, desinformación y control social, y establecer una agenda común para la región.

Esta internacional fascista —como la denominan algunos analistas— no se limita a declaraciones de principios. Opera en red, comparte recursos y financia campañas a través de estructuras paralelas. Kast fue uno de sus principales impulsores y, desde entonces, ha mantenido estrechos vínculos con Javier Milei (Argentina), Jair Bolsonaro (Brasil), Rodrigo Paz (Bolivia), Daniel Noboa (Ecuador) y otros mandatarios de la ultraderecha latinoamericana.

La absorción de la derecha liberal: el fin de una ilusión

Uno de los fenómenos más notables de la última década en América Latina ha sido la **absorción completa de la llamada "derecha liberal" por parte de la derecha fascista**. Partidos que en el pasado se reclamaban defensores de la democracia representativa, del Estado de derecho y de los valores republicanos —desde Chile Vamos en Chile hasta Juntos por el Cambio en Argentina, pasando por el Partido Colorado en Uruguay o el PAN en México— han sido engullidos por el proyecto autoritario, militarista y reaccionario que hoy encarnan Kast, Milei, Bolsonaro y sus pares.

No se trata de una alianza de conveniencia: es una **subordinación ideológica y orgánica**. Los cuadros de la derecha tradicional han aceptado sin resistencia la agenda de la ultraderecha: el negacionismo climático, la persecución a las minorías, el desmantelamiento del Estado social, la complicidad con los discursos de odio y la justificación de la violencia institucional. La vieja distinción entre una "derecha civilizada" y una "derecha fascista" ha quedado obsoleta: hoy, en los hechos, la primera ha renunciado a sus banderas históricas y se ha plegado a la segunda, no por convicción profunda sino por cálculo electoral, miedo a la pérdida de poder o simple oportunismo.

En este proceso, los valores democráticos han sido el primer sacrificio. La defensa de la Constitución, la independencia del Poder Judicial, la libertad de prensa, el pluralismo político y los derechos humanos son considerados hoy por esta nueva derecha como "obstáculos" al "orden" que pretenden imponer. La democracia, para ellos, es solo un procedimiento formal —el voto— pero no un sistema de valores ni una forma de vida. Una vez obtenido el poder por la vía electoral, se sienten legitimados para gobernar sin contrapesos, sin debate y sin rendición de cuentas.

Esta absorción ha sido posible, además, porque la derecha liberal carecía de un proyecto propio con capacidad de movilización popular. Frente al vacío, la ultraderecha ofreció un relato potente: nacionalismo excluyente, orden autoritario, defensa de la familia tradicional y una promesa de seguridad que justifica cualquier medida, incluso las más violatorias de derechos. La derecha liberal, desprovista de brújula, se dejó arrastrar por la corriente y hoy, en la mayoría de los países, ya no existe como fuerza diferenciada.

Obediencia a Trump y alineamiento militarista

La relación de Kast con Donald Trump trasciende la mera afinidad ideológica. A cinco días de asumir la presidencia, Kast viajó a Miami para participar en la cumbre "Escudo de las Américas", organizada por la administración Trump, en lo que muchos interpretaron como una priorización del "besamanos" al mandatario estadounidense por sobre los rituales institucionales del traspaso de mando en Chile.

En esa cumbre, Kast no solo agradeció a Trump por su apoyo en la campaña electoral —un gesto que el propio Trump exhibió con arrogancia: "Me encanta cuando le doy apoyo a alguien... ganan por 30 puntos"— sino que respaldó explícitamente la intervención militar estadounidense en Venezuela. "Para nosotros había sido algo muy bueno lo que había ocurrido en Venezuela... tenía que haber algún tipo de intervención", declaró Kast en Miami.

El presidente electo chileno también instó a Trump a "hacer lo posible para que los cubanos recuperen la libertad", alineándose con la política de bloqueo y presión de Washington contra la isla.

Este servilismo no es retórico: implica la incorporación de Chile a la órbita de la Doctrina Monroe actualizada por

Trump, que incluye el respaldo a operaciones militares en la región, la injerencia en asuntos internos de países latinoamericanos y la subordinación de los intereses nacionales a los de la Casa Blanca. La cumbre Escudo de las Américas reunió a los mandatarios afines a Trump para coordinar acciones contra el crimen organizado, pero también para establecer una alianza geopolítica que desplaza a Chile de su tradicional posición de país no alineado y lo integra en una coalición de derecha beligerante.

El escándalo Cerimedo: la trama digital del poder

Uno de los elementos más inquietantes del período reciente es el hallazgo en Bolivia de una "granja de bots" vinculada al operador político argentino Fernando Cerimedo, actualmente detenido y acusado de intento de femicidio.

Cerimedo, un asesor de figuras de la ultraderecha latinoamericana como Javier Milei y Jair Bolsonaro, trabajó en Chile. Durante el allanamiento en su vivienda en La Paz, las autoridades encontraron una supuesta granja de bots y US\$50,000 en distintas monedas. Cerimedo administraba miles de cuentas falsas en redes sociales para intervenir en el debate público. En una entrevista, reconoció que manejaba cerca de 50,000 cuentas solo para Argentina y que tenía también para Chile.

En Chile, Cerimedo trabajó en la campaña contra la propuesta constitucional de 2021 y, según múltiples reportajes, también participó en la campaña presidencial de José Antonio Kast. Su vínculo con el entorno de Kast no es indirecto: Alejandro Irarrázabal, actual jefe de asesores del Presidente Kast, ha sido señalado como uno de los nexos con el operador argentino. Cerimedo fue visto celebrando en las calles de Santiago el triunfo de Kast en segunda vuelta y dio declaraciones a TVN.

Cinco diputados de oposición han anunciado acciones para esclarecer los vínculos entre Cerimedo y el gobierno, oficiando al Servel y a La Moneda. El diputado Daniel Manoucheri emplazó directamente al Presidente: "El presidente Kast y el Partido Republicano deben aclarar sus vínculos con Fernando Cerimedo. El país merece saber quiénes han financiado a estos grupos".

El caso Cerimedo revela la existencia de una infraestructura de desinformación y guerra sucia digital financiada y operada al servicio de la ultraderecha. No se trata de "bots" aislados ni de fenómenos espontáneos: es una máquina organizada con financiamiento, operadores y objetivos políticos claros.

La paradoja de la legalidad electoral y el tecnofascismo

Una observación aguda del escenario actual es que, pese a la evidencia del uso de "bots" y estrategias de desinformación para influir en el proceso electoral, no se puede hablar de fraude electoral en el sentido clásico. No hubo alteración de urnas ni falsificación de votos. Sin embargo, la manipulación del debate público, la creación de realidades paralelas mediante la desinformación masiva y la intervención digital extranjera configuran lo que algunos analistas denominan "tecnofascismo": una forma de control social y manipulación política que opera a través de medios digitales, sin necesidad de violentar los mecanismos formales de la democracia.

Los votos son legales, pero el proceso fue contaminado. La "guerra de bots" distorsionó la deliberación pública, fabricó consensos artificiales y amplificó narrativas favorables a Kast. Esto plantea una pregunta incómoda para los sistemas democráticos: ¿qué valor tiene la legalidad formal cuando el proceso fue viciado por la manipulación digital?

El mapa de la ultraderecha en la región y la nueva geopolítica del autoritarismo

Hoy, América Latina muestra un mapa preocupante: la mayoría de los países están gobernados por mandatarios de ultraderecha alineados con Trump. Chile se suma ahora a esta coalición que incluye a Argentina (Milei), Bolivia (Paz), Costa Rica (Chaves), Paraguay (Peña), El Salvador (Bukele), Ecuador (Noboa), República Dominicana (Abinader), Honduras (Asfura) y otros. Solo Brasil y México, con Lula y Claudia Sheinbaum respectivamente, mantienen gobiernos progresistas o de izquierda que resisten esta ola reaccionaria.

Pero esta nueva geopolítica del autoritarismo tiene una característica inédita: **la ultraderecha ya no opera solo desde los Estados nacionales, sino como un poder supranacional coordinado**. Las cumbres de "Escudo de las Américas", la presidencia de Kast en la organización internacional de ultraderecha, los fondos que circulan entre las campañas de Milei, Bolsonaro y Kast, los operadores como Cerimedo que cruzan fronteras instalando granjas de bots en distintos países, la influencia de think tanks estadounidenses y europeos sobre las políticas de estos gobiernos: todo ello configura una estructura de poder que trasciende las soberanías nacionales.

Esta internacional fascista no se limita a compartir retórica. Coordina estrategias legislativas, comparte modelos de represión y control social, intercambia asesores y financiamiento, y actúa como un bloque geopolítico que presiona a los

países que aún resisten. La presión sobre México y Brasil es constante: desde la injerencia diplomática hasta el financiamiento de movimientos opositores, pasando por campañas de desinformación masiva. El caso Cerimedo es solo la punta del iceberg de un entramado que busca replicar en toda la región el modelo de captura digital del poder.

La paradoja estratégica: ¿cómo combatir un poder supranacional desde los Estados?

Este diagnóstico lleva a una paradoja de enorme relevancia estratégica: **el tecnofascismo, por su carácter supranacional, solo puede ser combatido efectivamente desde los propios Estados nacionales, pero estos están siendo capturados precisamente por ese tecnofascismo.** Es el problema del perro que se muerde la cola.

La izquierda y el progresismo latinoamericanos han tendido históricamente a pensar la resistencia desde la sociedad civil, los movimientos sociales y las organizaciones de base. Y ciertamente, esa dimensión sigue siendo fundamental. Sin embargo, el tecnofascismo ha demostrado una capacidad de captura de las instituciones estatales que hace insuficiente la sola resistencia social. Cuando el poder ejecutivo, el legislativo, los órganos electorales, los medios de comunicación y hasta las redes sociales están bajo el control de esta internacional reaccionaria, la sociedad civil queda desarmada.

La lección de los últimos años es clara: **la resistencia al tecnofascismo requiere, necesariamente, de victorias electorales y de gobierno.** No basta con protestar en las calles si luego el poder del Estado sigue en manos de quienes desmontan el Estado de derecho. No basta con denunciar en redes sociales si las redes sociales están dominadas por bots que fabrican mayorías artificiales. No basta con organizar movimientos si esos movimientos no logran traducirse en gobiernos que puedan ejercer el poder real.

Brasil y México son hoy los dos únicos bastiones en la región donde esta ecuación aún no ha sido resuelta a favor del tecnofascismo. Pero la presión sobre Lula y Sheinbaum es inmensa. Y la pregunta que flota en el aire es: ¿podrán estos gobiernos, con sus limitaciones y contradicciones, articular una respuesta regional coordinada que enfrente el poder supranacional de la ultraderecha? ¿O el tecnofascismo terminará por engullir también esos últimos reductos?

La construcción de una alternativa requiere, por tanto, de una estrategia de doble vía: **fortalecimiento institucional desde los Estados que aún resisten** (regulación de redes sociales, combate a la desinformación, independencia judicial, defensa de los procesos electorales) y, al mismo tiempo, **coordinación regional** que permita enfrentar al bloque ultraderechista con un bloque democrático que recupere la agenda de la integración latinoamericana.

Más que un presidente, un síntoma y un desafío

José Antonio Kast, elegido por voto popular, representa sin embargo un fenómeno que trasciende su figura. Es el síntoma de una crisis de la democracia liberal, capturada por redes de desinformación y operadores políticos que utilizan la tecnología para moldear la voluntad popular. Es el continuador de una tradición autoritaria que en Chile tiene nombre propio: Pinochet. Y es el ejecutor de una agenda geopolítica que no nace en Chile sino en Washington.

Pero además, Kast es la expresión de un proceso más amplio: la absorción de la derecha liberal por la derecha fascista en toda América Latina, el fin de la ilusión de una "derecha democrática" y la consolidación de un poder supranacional que opera coordinadamente para imponer su proyecto en la región.

El escándalo Cerimedo, la granja de bots, los vínculos con Trump, la herencia familiar fascista y el alineamiento militarista no son piezas sueltas. Son los elementos de un rompecabezas que revela una misma imagen: un proyecto de poder que combina la legalidad formal con la manipulación digital, el servilismo internacional con el autoritarismo doméstico, y la coordinación supranacional con la captura de los Estados nacionales.

Queda como tarea de la sociedad chilena y latinoamericana desentrañar estas tramas, resistir la colonización digital de la política y defender los espacios democráticos de la captura por parte de operadores de la desinformación. Pero también queda la tarea estratégica de comprender que, en este escenario, la lucha por los Estados —por recuperarlos, por fortalecerlos, por defenderlos de la captura— es tan urgente como la lucha en las calles.

La paradoja del tecnofascismo es que, por ser supranacional, exige una respuesta que también sea capaz de articularse más allá de las fronteras, pero que al mismo tiempo necesariamente pase por la recuperación de los Estados nacionales. Mientras Cerimedo esté detenido en Bolivia, mientras los diputados chilenos exijan respuestas y mientras Brasil y México se mantengan como resistencias, la pregunta sigue abierta: ¿hasta dónde llegará el brazo de esta internacional fascista, y cuánto tiempo podrán resistir los países que aún se mantienen fuera de su órbita?

La respuesta no está escrita. Dependerá de la capacidad de la democracia, el progresismo y la izquierda latinoamericana para aprender las lecciones de esta derrota, para comprender la naturaleza del poder que enfrentan y para construir, desde la derrota, una nueva estrategia de resistencia y victoria.

Este es un artículo de libre disposición de Súdaka Magazine.

El compromiso de un análisis independiente solo lo podremos lograr con un apoyo de nuestros lectores.

Este es el aporte de Sudaka Editorial ante la avalancha de bots e información falsa, que según estudios ya alcanza al 50% de lo que se difunde en redes sociales.

Hoy es más necesario que nunca reforzar un compromiso informativos que defienda los valores democráticos, puestos en duda por el avance del nuevo fascismo.

Muchas gracias por difundir y por apoyar a Súdaka Editorial.

Más información: www.sudaka-editorial.com

Email: info@sudaka-editorial.com



Súdaka Editorial